

Reflexiones poskirchneristas en una época compleja: Laclau, Mouffe (y Schmitt) en retrospectiva - Rocco Fregoti.

Rocco Fregoti.

Cita:

Rocco Fregoti (2025). *Reflexiones poskirchneristas en una época compleja: Laclau, Mouffe (y Schmitt) en retrospectiva - Rocco Fregoti. JORNADAS INTERNACIONALES: De la democracia radical al populismo. Instituto Interdisciplinario de Estudios de América Latina (INDEAL), Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/rocco.fregoti/4>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pstO/0gT>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Reflexiones poskirchneristas en una época compleja: Laclau, Mouffe (y Schmitt) en retrospectiva - Rocco Fregoti

Esta ponencia estará dividida en cuatro momentos pero se abocará a responder por la pregunta de la vinculación entre la dupla de autores Laclau-Mouffe (Hegemonía y estrategia socialista, 1985; La razón populista, 2005, La paradoja democrática, 2000) en relación al fenómeno político kirchnerista. Primero, revisará la veracidad del vínculo entre ambas variables en términos materiales y tenderá a un cuestionamiento de su facticidad empírica en lo administrativo. Segundo, revisará cómo hay cierta validez en señalar los parecidos de justificación sociológica y metas entre las ideas de los autores y el proyecto político. Tercero, defenderá de forma moderada las críticas del estilo hombre de paja que se les hacen por estas fechas respecto a las derrotas del 2015 y el fracaso de la administración de Alberto Fernandez. Y por último, revisará críticamente el intento de reflotar por parte de una facción del pos-kirchnerismo a un autor vinculado a ambos: Carl Schmitt (El Concepto de lo Político, 1927; Teoría de la Constitución, 1928, La era de las neutralizaciones y politizaciones, 1929).

Habrá pasado poco más de un año y medio de la victoria de Javier Milei en las elecciones del 2023 y como pasa luego de toda derrota sufrida por una facción, surge el momento de las explicaciones, el cómo llegamos a este lugar, qué salió mal, quien tiene la culpa, quien no, quien esto, quien lo otro. Al menos, entre la militancia y la intentona intelectual (para no decir los académicos ya fijados al partido sino divulgadores y divertidos comentaristas que quieren abrirse paso), la dirigencia está pensando en, primero, sobrevivir, y segundo, en las elecciones de 2025 y 2027. Estrategia ya puesta en práctica durante el macrismo, y reafirmada durante el mileísmo, porque no hay que cambiar lo que no está roto y citando al general “no es que nosotros seamos tan buenos, sino que los demás son peores”. O al menos, así parecen verlo. Lo que queda para el resto es, también, sobrevivir, o pasar el tiempo buscando a alguien a quien culpar que por alguna razón no es el núcleo de la cadena de mando de una presidencia o tendencias generales globales (como hace cualquier persona más o menos racional) sino, y esperen que revise mis apuntes, académicos con más de cincuenta años de carrera (algunos ya muertos) que no tuvieron participación alguna en el ámbito público.

Más allá de toda inspiración ideológica que tal o cual gobierno haya tenido de tal o cual autor, no debería ser un principio demasiado exagerado de responsabilidad el de decir que uno es responsable por lo que hace efectivamente, no por la inspiración que le haya dado a un segundo. El vínculo más material que tenemos a mano entre la administración NK-CFK y la dupla Laclau-Mouffe la habría aportado en el 2009 Diego Genoud. Alberto Fernandez, en ese momento exjefe de Gabinete y ahora expresidente, habría regalado a CFK el “En torno a lo Político” de Mouffe. Y, y eso es todo. Un libro regalado en 2007. Un poco más arriba de la copia de Yuk Hui en una de las conferencias de CFK, menos que el rol de consejero presidencial de Feinman de NK o de Rozitchner (hijo) en el gobierno de Mauricio Macri. Más interesante es el análisis que hace Maielo de cómo las centralizaciones ejecutivas que inician en el '94 y no se moderan con el proyecto administrativo de la Década Ganada -sino que se fortalecen incluso con la ley 26.122 de 2006 y que recién el 5 de septiembre de este año sería moderada con la ley anti-DNU durante el gobierno de DNU y veto de Milei- se parecen más al modelo de Estado prescrito por Schmitt, más no el modelo de Estado de Laclau y Mouffe. Pues diría que no prescriben Laclau y Mouffe un modelo de Estado, es más bien un mecanismo sociológico de orden discursivo cuyo principal ámbito de aplicación es la práctica política en una sociedad.

Dicho rápido y sencillo, lo que más se sacaría del pensamiento de Laclau y Mouffe es la acepción de un paradigma en el cual la sociedad está dividida por múltiples facciones y sectores: de clase, profesión o forma laboral, etnia, sexo y sexualidad, religión, geografía y rol económico, y en la cual la creación de hegemonía como forma de intervención política responde a cómo se pueden aunar estas divisiones internas bajo un liderazgo o partido tomando una forma de encadenamiento unificado que no suprima las identidades de las facciones individuales como tales. Y con todo, no muy lejos para con la realidad efectuada. La propuesta política de Mouffe de democracia radical de corte agonista no niega las diferencias identitarias e incluso los conflictos antitéticos dentro de la sociedad, acompañada del intento de no caer en el conflicto. El modelo agónico se deduce del modelo antagónico de Schmitt, planteando que ese enfrentamiento exista de forma adversarial, y no como enemistad. Que liberales y demócratas como Habermas y Rawls quieren tapar con protocolo una realidad de enfrentamiento interno verdadera, y que con esto se blanquean aspectos de la realidad. Aunque sin materializar nunca el protocolo en el que esa agonía se daría, lo que más dice parece ser es que habría que blanquearla al menos.

El enfrentamiento discursivo con el grupo Clarín, el campo, sectores del peronismo disidentes, sindicatos y sindicalistas, provincias, diabéticos, etc., encarados en su momento y continuando a veces en el presente son prueba de esta narrativa de conflicto que nunca se resuelve pero que no por eso debería terminar en guerra civil. Idealmente. Estaría bueno que no. Con todo, CFK, como toda presidenta en funciones propensa al discurso público, no baja siempre todo el tiempo la misma línea porque no todas las líneas sirven para todas las situaciones. El último gran discurso de ella como mandataria, en términos de iconicidad e impacto, fue el de la “Patria es el Otro”, que es una consigna de gran peso simbólico, sí, y que puede leerse en términos laclau-mouffeanos (como hizo Lucía Landa en 2015): la contra-hegemonía está compuesta de facciones distintas, otros, que no son suprimidas bajo una identidad común del líder (contra marea al fascismo como falso populismo, según postulan Cadahia y Biglieri), sino que conformarían una especie de “unidad-en-la-diversidad”. En ese sentido entraría luego la editorial del Página12 de Jose Pablo Feinman un día después del discurso: no son *todos* los otros los que están contenidos en el *Otro* de la “Patria es el Otro”. Y al día de la fecha, La Cámpora como órgano principal partidario del kirchnerismo carga con el fardo de este tipo de oposición discursiva.

Ahora bien, de señalar la posibilidad de una retroalimentación discursiva entre el pensamiento posmarxista -también, caso puntual del pensamiento político en un mundo posterior tanto al giro lingüístico- y el gobierno y la militancia kirchnerista a querer endilgarle algún tipo de responsabilidad o culpa del fracaso de este gobierno, bueno, se perdió el norte. Por un lado, vicio si se quiere sería creer que en la estrategia hegemónica de unión de diversos se supone una pleitesía de parte de estos diversos al liderazgo partidario que los convoca. Es cierto que la hegemonía política se posibilita *por medio* del líder, un momento acción carismática en un contexto complejo. Ahora, de esto, a esperar una idea de lealtad total de parte de esas facciones sociales -o no querer leer que quizá algunos de estos sectores cambiaron de prioridades porque no es para nada un ordenamiento estático sino dinámico-, nos encontramos con un craso error. Razón Populista tiene toda una sección dedicada a intentos de estrategias populistas fallidas -incluso el tercer Perón- en virtud de que se hagan diagnósticos limitados respecto a las facciones que buscan para contraponerse al *ellos*, la oligarquía o la élite. Entre ellas, que la fracción de la clase trabajadora que consigue mejores condiciones de vida respecto a su pares -como mostraban los trabajos de Kracauer, miembro de la escuela de Frankfurt- ya no tienen los mismos intereses o formas de

acción que sus compañeros obreros más desaventajados. Otro factor es la autonomía política de gobernadores e intendentes vinculada a la identidad local frente a la jerarquía ejecutiva superior de presidentes y gobernadores.

Ese sería el primer cargo, que sería dudosa la lectura completamente comprensiva de lo que plantearon los autores de la teoría populista de la hegemonía. Que si, la práctica política hegemónica supone la búsqueda de la alianza de los sectores fraccionados de la sociedad, ella implicaría una reafirmación casi constante de parte del liderazgo político, algo que, considerado el estado actual de las cosas, no fue la realidad aplicada. Si se quiere exagerar demasiado la acusación, el poner en términos principalmente discursivos esta teoría quizá le habría hecho un daño a la dirección política kirchnerista, que pasó a una lógica de batalla cultural del previo de batalla efectiva. Más realista y honesto intelectualmente sería afirmar que simplemente era un proyecto ya cansado por su propia duración y sin heredero político claro.

En un giro de irónica demanda por la falta de representación de minorías y grupos de intereses materiales por parte del proyecto kirchnerista, de decir “estos grupos no fueron justamente representados y tenidos en cuenta por culpa de las lecturas academicistas de autores del establishment progresista” (en el que figurarían Laclau y Mouffe claro está), tenemos también un grupo de divulgadores que quieren recuperar a Carl Schmitt. Así es la generación de cristal, se ven levemente importunados y esperan que todos se reacomoden a sus sensibilidades: en este caso, la lectura de un jurista católico que terminó defendiendo intelectualmente al nazismo. Los dos autores toman ideas de Schmitt, y con sentido, su modelo de presidencialismo plebiscitario popular tiene cierta armonía con la idea de cristalización política hegemónica en rededor de un líder carismático. Pero primero que todo, acá nos encontramos con un problema similar a uno por el cual critican al jurista Ronald Dworkin: si los jueces escriben también el derecho al interpretarlo y aplicarlo, y con ello lo modifican, no puede de ello derivarse lo positivo y necesario en términos de avance progresivo, porque, ¿y qué tal si los jueces que continúan la escritura constitucional no son progresistas? El presidencialismo plebiscitario o el mero presidencialismo fuerte encarado por un líder carismático en contra de las formas procedurales y tradicionales de la política republicano es una buena técnica de lucha contra-hegemónica, sí, si ese es en efecto el presidente y movimiento de masas con el que estamos lidiando, si su signo ideológico realmente apunta a ello. Como mencionamos antes, el artículo sobre la facilidad dictar DNU que se profundiza con el primer gobierno de CFK es algo que luego pasa a ser un instrumento de la siguiente administración: la de Macri y ahora la de Milei. También, toca revisar la honestidad de la presentación del jurista católico, por un lado, como crítico del liberalismo (“el mejor crítico”, dicen algunos invitados de programas de streaming), y por el otro, de qué postula en cambio.

Schmitt no es, como sostiene Kalyvas, alguien que tiene al liberalismo en una estima peculiar y por ende “vencida” (extinguida) por los tiempos que le toco vivir y de ahí la necesidad de volver a formas previas. Tampoco es cierto el modelo de identidad popular para lo que fueron las viejas democracias griegas (la historia de Atenas es siempre la historia de una expansión de la democracia que, irónicamente, siempre supuso mayor representación y mayor poder al nuevo orden de representantes) como que el modelo teórico liberal concibiera el rol de la representación política como la idea católica o de totalidad que Schmitt siempre defendió: el representante es un representante de la unidad, sí, pero en tanto expresa una voz (o más bien, de voces) de la unidad-en-la-diversidad puntual. Opinión presente en autores liberales como Mill, de Tocqueville, es un poco una premisa general del análisis del libre gobierno de los ingleses del que habla Montesquieu. En suma, la lectura de Mouffe de Schmitt se

plantea como una reforma de las tesis de Schmitt hacia una lógica de conflicto pero que “se pueda blanquear”. En términos del Concepto de lo Político, esto es ir al conflicto entre intereses corporativos, ideologías, etnias, en suma, es el primer paso de guerra civil, volver al vecino enemigo: no hay agonía como sentido de conflicto con este, o no debería haberla al menos; al enemigo cristiano al que se le muestra la otra mejilla es el inimico, el enemigo privado, tu vecino, no el hostis, el extranjero o verdadero peligro interno al que se le ejerce la guerra. Esto es por la tendencia conservadora y neutralizadora de las diferencias internas en la que estriba el pensamiento político de Carl Schmitt. Retruco: Mouffe parte del antagonismo schmittiano para hacer el modelo agónico de política interna y lo político externo. Concedido: pero, y acá es donde la teoría de Mouffe muestra más huecos en términos de ingeniería estatal, pues ese faccionalismo no necesariamente lleve a un afianzamiento general de la unidad interna contra la elite, sino a una alienación por la lógica de pelea constante con la propia sociedad. Vuelta al análisis del kirchnerismo y la búsqueda de explicar su fracaso: no ayudó la apuesta agónica con las facciones de la sociedad (que fue del campo y los fondos buitres a sindicalistas docentes hasta incluso diabéticos) a ganar elecciones, no tuvo como resultado fundar una hegemonía contra los oligarcas sino una alienación y sensación de cansancio político que terminó de neutralizar el proyecto.

Tratar de hacer políticas para una época contemporánea que sólo confirma por completo la derrota total de la supuesta neutralidad estatal ante las facciones sociales y las corporaciones (una neutralidad muy, muy discutible respecto a la sociedad civil como premisa, además) como la que temía Schmitt, es, por lo mínimo, contraproducente, por no decir los fundamentos teológicos o proto-fascistas en los que descansa este planteo. El proyecto de Alemania que defendió siempre (el Imperio) y el que defendió una vez hasta su fin (el Reich de los Mil años) terminaron los dos juntos hechos una pila de escombros por la “corrupta” y despolitizadora política comunista rusa, y las liberales estadounidense e inglesa. Y la Alemania de ahora es todo menos presidencialista. Tampoco es que los planteos de Laclau y de Mouffe sean la solución última acompañada de una quintaesencia teórica que resuelve todas las contradicciones prácticas de la política que la ideología demócrata-socialista vaya a poder encontrar claro está. Más allá de poner el grito en el cielo de la evidente conflictividad que tiene en su interior una sociedad democrática, no aportaron mucho a lo estatal de esa política o como aplicarla. Sin mencionar que el punto de la política representativa de partidos tiene como objetivo encauzar esa conflictividad, al menos en la teoría constitucional liberal clásica (de modo que la acusación a su manera ya había sido sometida a discusión). Más que plantear que hubo una tendencia a encontrar el arreglo político de parte de los partidos políticos de izquierda hacia el centro (como lee al blairismo británico y al SPD alemán), puede plantearse el giro general hacia el liberalismo conservador propio del neoliberalismo a una hegemonía política de la población de estos países y de la cual estos partidos querían sacar réditos (como los partidos nacional de la Segunda Internacional terminarían apoyando la Gran Guerra cuando esta inicio, contrario a su doctrina anti-nacionalista). Ni el “pueblo” es lo que nos imaginamos en sus tendencias (si es que tiene tendencias, si es incluso posible hablar de pueblo) ni los partidos (incluso los populistas vinculados al liderazgo) son estáticos.

¿Por qué poskirchnerismo? Porque ya no se puede *ontológicamente* seguir hablando en términos de kirchnerismo. Paso ya una década. Las remanencias de esa década de gobierno van a continuar y muchos de sus funcionarios van a tener roles preminentes por las próximas décadas, sí, pero la vida política cambió, ya pasó agua bajo el puente, toda el agua posible bajo ese puente. CFK está en prisión, su enfrentamiento con el poder judicial de la nación fue hasta la dimensión más exagerada posible y no es

necesariamente deseable para una estrategia política futura local hablar siquiera de una perpetuidad de una misma dirigencia. En todo el mundo y todas las épocas, la postura de que grupos burocráticos y liderazgos partidarios se corrompen y fallan sus funciones necesarias al perpetuarse en el poder sin dar cuenta constante de porqué están en el poder: razón por la cual los “anti-política” aparecen también en todas las épocas en que este punto de decadencia vuelve a aparecer. Laclau y Mouffe siguen aportando instrumentos para pensar la operatividad sociológica política excelentes, una mezcla digna de marxismo clásico con teoría psicológica de masas, teoría que fácilmente puede entender que una hegemonía populista radicalizada bajo un partido y un líder no puede funcionar a perpetuidad sin un cambio dirigencial cada tanto.